



PAZ SERRA,

Área de Proyectos – Confederación Española de Consumidores y Usuarios (CECU)

✉ cecu@cecu.es

🐦 [@CECUconsumo](https://twitter.com/CECUconsumo)

Consumidos por los plásticos

EL TECLADO del ordenador, el bolígrafo, la carcasa del móvil, el salpicadero del coche, la mascarilla exfoliante, o la fibra del forro polar. Todos ellos tienen una cosa en común: el plástico. Este material derivado del petróleo está presente en infinidad de productos que usamos a diario, y no solo en las bolsas que ahora nos cobran en los supermercados y comercios. Pero si el plástico se hizo popular a partir de la década de 1960 por su versatilidad, resistencia y bajo coste; se ha convertido casi 60 años después en un riesgo para nuestra salud y la del planeta.

Y es que, a pesar de sus virtudes, el plástico es un material de muy difícil degradación, que tarda en descomponerse cientos de años. Las estimaciones actuales, recogidas por la FAO y otros organismos, hablan de que para 2050 habrá en nuestros océanos más plásticos que peces. Y eso no es todo, sino que, a través de los peces, el plástico se está introduciendo en nuestra cadena trófica, sin que se conozca con exactitud el alcance de los daños que esto puede llegar a producir.

Es cierto que, ante la escala del problema, podría parecer que hay poco o nada que podamos hacer como consumidores para poner coto a este avance. Nada más lejos de la realidad. A nivel normativo destacan la reciente propuesta de Directiva contra los plásticos de un solo uso de la Comisión Europea, que pone el foco en productos como los cubiertos desechables, o las botellas de plástico; o el Real Decreto de 18 de mayo de 2018 sobre reducción de bolsas de plástico que traslada a España las obligaciones contenidas en una Directiva europea de 2015. Si a los avances legislativos se les puede achacar lentitud en la mayoría de los casos, a nivel individual y colectivo, como consumidores, podemos ir avanzando hacia modos de consumir que reduzcan la cantidad de plástico en nuestros hogares. Pensemos además que no es la primera vez que nuestra acción colectiva como consumidores, unida a la voluntad política ha conseguido revertir riesgos medioambientales. Algo parecido ocurrió cuando los llamados CFCC provocaron un agujero en la capa de ozono, que se pudo revertir gracias al compromiso internacional. En este sentido, conviene recuperar las famosas tres erres: reducir –o rechazar–, reutilizar, y reciclar. Siempre por ese orden. Si decimos que lo primero que se puede hacer es reducir, y que es importante poder reutilizar los productos, queda claro que el primer paso es

repensar nuestro consumo de productos de un solo uso, que no siempre son necesarios, pero son responsables de gran parte de los residuos plásticos. Siguiendo por optar en nuestras compras por aquellos productos que contengan menos plástico. En este sentido, debemos fijarnos tanto en la composición de los materiales que compramos (fibras textiles, componentes, etc.) como en la presentación de los mismos (embalajes y otros envoltorios). Recientemente se han hecho populares iniciativas en todo el mundo para rechazar, por ejemplo, el envoltorio de las frutas y vegetales o las pajitas en las bebidas para llevar.

En tercer lugar está siempre reciclar; y para ello es importante saber que no todos los plásticos son reciclables, y que el proceso de reciclaje conlleva también un gasto de energía y productos que habrá de tenerse en cuenta. Pero que aún queda espacio para la mejora: hoy en día, se recicla menos del 30% de los plásticos que consumimos en la UE. Y, aunque los grandes problemas medioambientales hasta ahora se están dando sobre todo en Asia, también en nuestras costas podemos ver cómo aparecen productos plásticos flotando entre las olas y contaminando nuestras aguas. De hecho, datos recientes apuntan a España como segundo país ribereño en vertido de plásticos al Mediterráneo; solo por detrás de Turquía.

Qué hacer con estos residuos y cómo tratarlos es uno de los grandes temas a nivel internacional.

De esta voluntad de apuntar el objetivo a los residuos e incluirlos de manera protagonista en la planificación económica es de lo que se nutre la llamada economía circular, que ha propiciado que en las orillas del reciclaje hayan surgido otras iniciativas, como el llamado upcycling, que da una segunda vida a los residuos, convirtiéndolos en un producto de mayor valor añadido que el original (es lo que ocurre, por ejemplo, cuando se convierten bricks de leche en un bolso). Todas ellas, sin embargo, no son suficientes para frenar el escenario actual de ballenas con el estómago lleno de plásticos, o tortugas ahogadas por pajitas; o para reducir la demanda de combustibles fósiles, objetivo imprescindible para la lucha contra el avance del cambio climático. De ahí la importancia de repensar nuestra manera de consumir. Y también, reclamar de las empresas nuevas soluciones de diseño que permitan el reciclaje de un mayor porcentaje de productos. Así, han reaparecido decenas de alternativas, que ya se utilizaban antes de 1960 y que habíamos dejado olvidadas, junto con otras más innovadoras: desde los envases de cristal para sustituir a las tarteras de plástico, a los cepillos de dientes de bambú o las pajitas de acero inoxidable.

Es cierto que el reto es grande, habida cuenta de la multiplicidad de bienes de consumo cotidiano que incluyen plástico en su composición, y a los que nos hemos acostumbrado. Pero, como en toda transición, lo importante es dar el primer paso..

«El primer paso es repensar nuestro consumo de productos de un solo uso, que no siempre son necesarios»